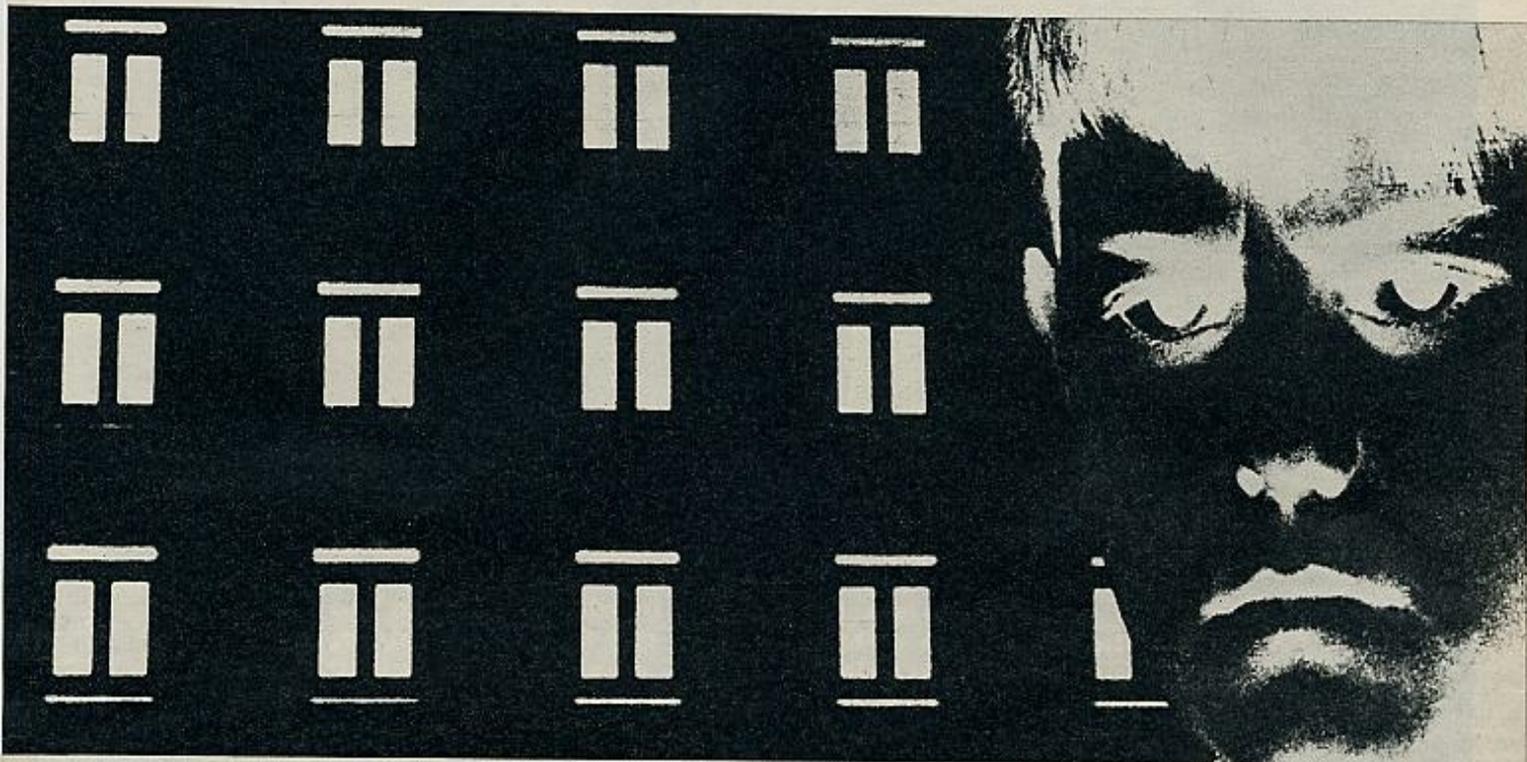


LOS OTROS NIÑOS

"Los padres en nuestra civilización han perdido su prestigio. Y esta es una de las causas del aumento en el número de niños alienados". El fenómeno de los niños inadaptados se ha planteado en el transcurso del Congreso Internacional sobre la Psicosis, que se desarrolló en París el pasado mes de octubre. El Congreso se celebró a instancias de un grupo de la Escuela freudiana radicada en la capital francesa. Uno de sus miembros, Françoise Dolto, responde en esta entrevista sobre su experiencia en el campo de la terapéutica psicoanalítica.





—Usted pasa mucho tiempo con niños que aparentemente son como los demás, salvo que están enajenados. Locos...

Françoise Dolto.—Sí..., no sólo con enajenados, afortunadamente, puesto que cansan mucho más que los demás... Veo también a muchos niños neuróticos, es decir, a niños que tienen dificultades emocionales, dificultades motoras, intelectuales, escolares, pero que no están locos... Por otra parte, esta palabra, «loco», no me gusta; desde luego, todo el mundo la dice, pero hay que decir «inadaptado». Todo niño alienado, inadaptado—esto es importante— presenta un síndrome de adaptación a la sociedad. Así es como él se ha adaptado a la sociedad. Su alienación, en suma, es el fruto de la influencia de la sociedad sobre su naturaleza y su modo de haber pactado con la sociedad, que ha dado como resultado este resultado creativo, con una «a» privativa de «creatividad», de comunicación posible. En suma, si ha llegado a esto es porque está altamente civilizado. Tiene usted que saber que se trata de una aplicación reciente del psicoanálisis, que se trata de algo que aún pertenece al terreno de la investigación. Hasta ahora, y desde Freud, no se trataba más que a los neuróticos, no a los alienados.

—¿Cómo se manifiesta la alienación en un niño?

F. D.—Se trata de un niño que no es adaptable a las actividades previstas para un niño de su edad. De un niño al que no se puede mandar a la escuela, que no puede comer en sociedad, que no puede circular por la calle; se trata de un niño que, aparentemente, está tan subdesarrollado que con frecuencia le falta el lenguaje o que, si tiene uno, es un lenguaje delirante que no le permite comunicarse. Si se le deja en el estado en que se encuentra, este estado no puede sino

agravarse. Nunca podrá curar por sí solo. Mientras que el niño neurótico, que tiene problemas de carácter, que está retrasado, puede encontrar otras salidas. Los hay que se convierten en delincuentes, desde luego, pero muchos se convierten en artistas o en originales. Todo puede cambiar hacia los trece o catorce años, con la pubertad. El enajenado, por el contrario, está privado de la comunicación con los demás y no se comporta como un humano en sociedad.

—¿En qué consiste, en líneas generales, su tratamiento psicoanalítico?

F. D.—Tomemos, en primer lugar, un niño neurótico. Nuestro trabajo consiste en comprender las expresiones que da de sus deseos—deseos que no puede manifestar—, de su clima imaginario y de los fantasmas que le habitan. Intentar saber en qué punto se encuentra respecto a la aceptación de su sexo y en relación a la aceptación de su situación triangular familiar, es decir, su relación con su padre y con su madre, la relación edípica. Todo el psicoanálisis freudiano está centrado en Edipo. En lo que se refiere a la primera edad, con referencia a un Edipo por hacer, y en lo que respecta al niño que ha pasado de los ocho o nueve años, con referencia al complejo de Edipo que habría debido resolver alrededor de esa edad para poder ser un adaptado social.

—¿Y en lo que se refiere a los niños alienados?

F. D.—Los niños alienados no tienen una situación triangular real, viven completamente en lo imaginario o bien tan dentro de lo real que ya no tienen imaginación. Generalmente, sus mayores anomalías se manifiestan en torno al lenguaje, bien porque éste sea psitáctico—repite como loros todo lo que oyen, pero sin pensar en ello, con lo que engañan durante cierto tiempo a su familia, aunque su motricidad no esté en relación con sus actos— o bien porque su lenguaje sea

absolutamente delirante, y entonces viven con cantidad de personajes interiorizados, sin relación con el mundo exterior.

Hay también niños alienados que ignoran su calidad de seres humanos o que saben cuál es su sexo fisiológico.

En lo que a ellos respecta, hay que investigar hasta qué edad se han comportado de un modo ya que no anormal, puesto que esto no quiere decir nada, comunicativo, ágil, elástico, con sentimientos positivos o negativos, expresiones variadas según la persona con la que comunican. Cuando se tiene a los padres a mano, cuando no se trata de niños abandonados, se intenta encontrar gracias al medio ambiente cuáles son los traumatismos que ha sufrido el niño, y que son un encuentro de algunos momentos del desarrollo y de una carencia, en la realidad del mundo exterior, de aquello que necesitaba para fijar la etapa en que se encontraba...

—¿Cree usted que cada vez hay más niños alienados?

F. D.—No es que lo crea, es que lo sé. Siempre se dice que lo que ocurre es que se les localiza mejor. Pero no, esto no es cierto. Cada vez hay más niños alienados, cada vez hay más niños que no pueden vivir.

—¿Y a qué se debe esto?

F. D.—A un gran número de factores y, en primer lugar, a la desaparición de la mortalidad infantil. Antes un niño que, simbólicamente, entre su padre y su madre, no iba bien, moría. Padecía trastornos que en la actualidad llamamos «psicosomáticos» y moría a consecuencia de ellos. La infancia es la edad del trastorno psicosomático. Desde el momento en que se adquiere la palabra hay muchos menos. El trastorno psicosomático es el lenguaje del cuerpo. En la actualidad se salva físicamente a muchos niños, pero un niño salvado físicamente

requiere otros cuidados. Al estar enfermo ha hecho una regresión. Ha sido separado de su madre, ha estado en el hospital, ha pasado una neurosis, ha perdido pie; esto es lo que se llama el hospitalismo, la enfermedad de la falta de comunicación, de la pérdida de los puntos de referencia de que dependía su existencia simbólica, los rostros y las voces conocidos.

Los trabajos de Spitz, en especial, han demostrado que un niño de cinco años que es separado de su madre durante más de un mes cae en el «autismo» (vida aparentemente vegetativa, ausencia de toda reacción) y se convierte en un alienado. Se hace tanto más alienado cuanto más precoz fuera antes de la marcha de su madre...

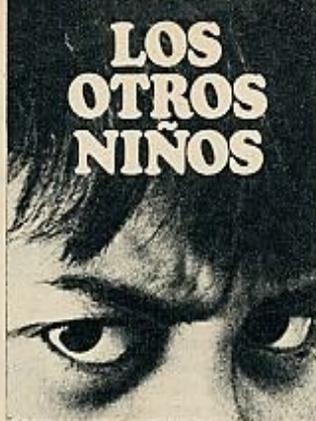
Una separación tardía deja huellas en cualquier niño; un niño que, entre los tres y los siete años, ha estado separado de su madre y que dibuja un personaje, empieza por hacer una cabeza de mujer y luego dice: «No, me ha salido mal...», y después hace otro dibujo. Y esto siempre. En el cien por cien de los casos.

Es evidente que el niño no basa su existencia más que en relación con su madre. Es la relación con su madre la que hace que el sujeto se conozca a sí mismo en tanto que humano. También es a través de ella como se refiere a la persona de su padre.

Creo que otro factor de alienación es la vida en grupo cerrado, la desaparición de la vida tribal. El campo del niño se reduce a su madre y su padre, a veces a uno o dos niños que no están en casa con frecuencia, a criadas que cambian; no hay vida vegetal ni vida animal, no hay un exipiente para su actividad, no puede gritar; está demasiado frenado en las expresiones naturales de todos sus desasosiegos y de todas sus alegrías.

En los pisos pequeños, si un niño llora toda la noche la madre tiene que ceder a él, y el niño se da cuenta

LOS OTROS NIÑOS



en seguida de que es el dueño y señor, en lugar de formar parte de un grupo en la periferia del cual se encuentra. El niño necesita estar en la periferia de un grupo y no ser su centro. Ahora bien, esto se producía cuando existía una tribu... Y luego estaba el pecho materno... el niño era alimentado al pecho y un niño alimentado al pecho construye una especie de riqueza biopsíquica mucho mayor que el niño alimentado con biberón...

—¿Entonces, usted aconseja siempre a una madre que amante a su hijo? Sin embargo...

F. D.—¡Pero, vamos, se trata de la leche que pertenece a su hijo! Para un niño la madre no tiene la misma leche que para una niña, y la leche de una madre que tiene varios hijos seguidos no tiene la misma composición para cada uno... Cada niño hace que venga a la madre la leche que le conviene. Se trata de un todo biopsíquico.

Otro factor es la dimisión de los padres. Los padres que viven en pisos han perdido mucho prestigio. En los chalets todavía les queda alguno, ya que hacen pequeños trabajos caseros, y no se puede prescindir de papá, pero en los pisos... No hacen más que provocar nuevos choques...

Si el padre quiere realmente tomar el puesto del cónyuge y conservarlo, arreglándoselas a veces para separar a los hijos de la madre, los niños se desenvolverán muy bien en el piso, pero esto ocurre raras veces... La mayor parte del tiempo el padre huye del barullo, deja que su mujer se las arregle, dimite. Ahora bien, el niño, en esta trinidad estructural simbólica, necesita los papeles muy diferenciados del padre y de la madre, tiene necesidad de que cada uno de ellos, sin eclipsar al otro, tenga su terreno particular.

—Los niños están contra la igualdad de los sexos y a favor de la jerarquía, del orden. Son, en suma, horribles pequeños reaccionarios.

F. D.—¡No! El niño sólo quiere construir su cuerpo dentro de un cierto orden. Todavía no posee la noción de civilización, sólo posee una noción de naturaleza. Una noción extremadamente sana: por ejemplo, no verá usted nunca a un niño intentar hacer volver la cabeza a un bebé más de lo que fisiológicamente es posible hacerlo, o retorcer el brazo o la pierna de un bebé. Cuando un niño hace cosas de este tipo es cuando se ve que está loco.

Tiene la noción de la forma, del genio humano, del vegetal, del animal; sabe, naturalmente, cómo se está con un perro, con una pulga, con un gato, con una vaca y también cómo situarse respecto del padre y de la madre. Desde Cro-Magnon... Con el lenguaje por añadidura... Incluso en las sociedades matriarcales, en que el nombre lo da la madre, es siempre el padre quien tiene la autoridad. El padre, el discontinuo, es quien puede tener la autoridad; no la madre, símbolo de lo continuo.

—Luego usted señala como factores importantes del aumento del número de niños alienados la disminución de la mortalidad infantil, el reforzamiento de la vida familiar y la dimensión del padre...

F. D.—Sí, eso es... Pero he olvidado uno: la educación del esfínter, que data de la época victoriana, de la aparición de los sanitarios. Parece que esto no es nada, pero el vivir en pisos

ha modificado la educación del esfínter de los jóvenes civilizados. En la época de la tierra apisonada se dejaba que el niño llegara por sí solo a la continencia fisiológica, a la edad que le conviniera y normalmente. No hay mono humanoide que no sea continente. La doma actual, más precoz por razones de comodidad, es la causa de toda una inversión afectiva —molestar a mamá, hacer algo que le guste...— absolutamente desproporcionada. Y como se trata de una zona que más tarde será la zona genital, todo lo que en ella se ha sentido de traumatizante y vergonzoso cuando era simplemente excremental seguirá siéndolo cuando se hace genital. Ahora bien, es posible, y yo lo he hecho con mis propios hijos, no exigir limpieza. Esta llega sola, a su hora, cuando el niño desea identificarse con los adultos.

—¿Cuál es su método curativo?

F. D.—Es el método psicoanalítico. De todas formas, en nuestra escuela, la escuela freudiana, de la que es fundador y director Jacques Lacan, hemos encontrado que convenía, cuando nos ocupábamos de un niño, estar en estrecho contacto con los padres. Esta es, si usted quiere, nuestra característica. Parece que otras escuelas prefieren, por el contrario, que el psicoanalista del niño no se encuentre con los padres, que les ignore totalmente... Ahora bien, para nosotros todo lo que ocurre entre el niño y los padres forma parte de sus reacciones en el tratamiento.

—¿Qué proporción de curaciones obtiene usted?

F. D.—Es imposible decirlo, sobre todo si se tiene en cuenta que nunca he hecho estadísticas... Y, además, no sabemos siquiera lo que significa la palabra «curación»... Debo decir que no me han faltado ocasiones para sentirme no demasiado feliz por haber curado a algún niño y para decir: «Mejor habría sido no ocuparme de él».

—¿Por qué?

F. D.—Piense sobre todo en un niño al que curé de una neurosis muy precoz, que después siguió sus clases con aprovechamiento y que, a los trece años, se convirtió en un predelincente y, finalmente, fue por mal camino, como suele decirse... mientras que si hubiera seguido siendo débil nada de esto habría ocurrido. Para mí, ésta fue una de las primeras pruebas.

Ahora bien, muchos niños tienen una actitud perversa camuflada por una debilidad. A éste le ayudé a hacerse inteligente y mire usted lo que ocurrió... Habría que continuar los tratamientos después de la desaparición de los síntomas, pero pocos padres lo comprenden, y dejan de traerlos a sus hijos en cuanto ya no les plantean problemas inmediatos.

Cuando habla usted de niños curados yo le respondería que un niño no puede considerarse curado hasta siete años después de haber sido cuidado y de haber salido aparentemente de sus dificultades de niño. Puede conservar invisiblemente secuelas recesivas.

—¿Puede usted distinguir al primer contacto a un niño curable de uno que no lo es?

F. D.—A un niño curable, sí, a un niño hecho polvo, nunca se sabe... Este es el problema, que nunca se sabe.

Existen, por ejemplo, niños que parecen gravemente afectados, se piensa que tienen por lo menos para dos años de tratamiento, y se da una cuenta

de que el trabajo psicoanalítico se hace muy rápidamente. Pero esto no puede ocurrir más que con niños muy pequeños, porque, en cuanto pasa la edad del Edipo, todo es mucho más complicado. Además, hay que tener también la suerte de no llegar mucho después del traumatismo que ha perturbado al niño: la restitución ad integrum puede a veces hacerse muy rápidamente.

Pienso, por ejemplo, en el caso de un niño de cuatro años que estaba enfermo desde hacía dos meses. Acababa de pasar un mes en un hospital psiquiátrico, porque el mes anterior se había puesto a ir hacia atrás, a perder sueño, a perder apetito, a perder la capacidad de andar y a perder la limpieza esfinteriana. No se le encontró absolutamente nada orgánico, pero aquel niño era absolutamente inadaptable a su vida familiar. Se había hecho mudo, ansioso, no separaba las piernas para poder andar, etcétera... Entonces el médico del hospital psiquiátrico en el que debía permanecer hasta el fin de sus días dijo a sus padres que vinieran a verme a casa. El niño llegó en brazos de su padre —yo no sabía nada de la historia—, y como quería hablar con sus padres a solas pedí que se quedara en la sala de espera. Los padres tenían miedo de dejarlo solo. Le hablé, diciéndole que era necesario que hablase con sus padres, resumiéndole lo que decía la carta del médico, que estaba malo desde hacía dos meses, que no podía andar ni comer y que sus padres venían con él a mi casa para ver si yo podía ayudarle...

—¿Qué aspecto tenía?

F. D.—Falta de atención, aún muy crio para cuatro años, ausente. No miraba y ni siquiera tendía los brazos hacia su madre. Su padre lo llevaba como un fardo. La madre empezó a hablar: «Ocurrió al regreso del verano. Yo volvía sola, en tren, con mis dos hijos; Pierre, el mayor, de cuatro años, y Jean, de dos. En el mismo compartimento había otras señoras con sus niños. Hubo un túnel y Pierre se puso a chillar en medio de él, y luego, cuando la luz volvió, dijo: "Ese señor me ha tocado", señalando su ingle izquierda. Como el señor estaba del lado del pasillo y yo del de la ventana, al otro lado, en diagonal, me pregunté cómo habría podido moverse sin que yo lo notara, dado que Pierre estaba de pie junto a mí, con su hermanito. Le dije: "No, el señor no ha hecho nada". Miré al señor, que estaba muy asombrado. Las señoras le miraban, todo el mundo le miraba. Luego hubo un segundo túnel. Apreté a mis hijos contra mí y, cuando la luz volvió, el señor había desaparecido».

Por fin llegaron a la estación donde el padre había venido a esperar a su familia... Todo el mundo bajó, excepto Pierre, que se quedó en el compartimento. El padre subió, le bajó al andén, quiso hacerle andar y el niño cayó al suelo. No podía andar. Tenía una compulsión fóbica a tener las piernas apretadas una contra otra. Ante los autobuses y transportes colectivos, presa de la angustia, gritaba con el mismo sonido que una sirena de alarma. No

había más solución que tomar un taxi. Volvimos a casa, pensando que aquello iba a arreglarse, pero el niño siguió siendo incapaz de andar. Vino el médico, que no le encontró nada. Las cosas fueron de mal en peor y así es como hubo que llevarle al hospital psiquiátrico...

Ante este relato pregunto a la madre si ya había sucedido que su hijo se quedara inmóvil después de una emoción.

Los padres se miran, y la madre lanza un grito de lucidez: «Sí, claro».

Su marido dice: «¿Pero qué cuentas? Siempre ha sido normal».

«No, acuérdate —dice ella— el día que nació Jean».

Jean nació hacia las ocho de la mañana, en la granja que poseen sus padres. En la casa había mucho jaleo, la criada casi había acabado de vestir a Pierre. Se fue y no volvió a hacer caso al niño, al que no quedaba más que ponerle los calcetines. Había mucha gente, vecinos, niños corroteando por todas partes. Aunque sus padres no eran especialmente nerviosos, a las cuatro de la tarde se preguntaron qué había sido de Pierre, al que no veían y que tampoco estaba en casa de los vecinos. Carreras por aquí, carreras por allá... Por fin alguien sube a las habitaciones, y la criada le encuentra sentado en su cama con el calcetín en la mano, en la misma postura que a las ocho de la mañana. Le sacude un poco y todo termina. Se bajó de la cama como si nada hubiera ocurrido.

Pregunté: «¿Se esperaba tener un nuevo hermano? ¿Estaba, quizá, sorprendido?».

La madre contesta: «Va usted a reírse, doctora, lo que voy a decirle es una tontería, pero cuando una está encinta dice cosas así... Había dicho que como no fuera niña lo tiraba a la lumbre... ¿Qué tonterías se hacen! En cuanto el niño nació me puse la mar de contenta...».

Dije: «¿Se acuerda usted si su Pierre habló del fuego?».

Entonces, de repente, iluminada, miró a su marido. «Es curioso lo que dice. Es cierto, siempre decía, a pesar de que estábamos en pleno mes de junio: "¿Por qué no se enciende el fuego?". Es verdad. No me había fijado. Yo le decía: "Hace calor, no necesitamos la lumbre". Pero él seguía insistiendo». Y añade: «Pero, aparte de eso, no ha habido historias. Se entiende muy bien con su hermanito. Todo se ha arreglado...».

Me entero de que el niño, desde el nacimiento de su hermano, nunca ha estado celoso de él. De que ya iba a la escuela del pueblo. Parecía, realmente, un niño inteligente. Hago una pregunta más: «¿No ocurrió nada durante las vacaciones? Hubo ese incidente del tren... pero, antes, ¿no estuvo algo raro?». «El médico me dijo que a los niños les sentaría bien ir a orilla del mar, y también a mí. Me instalé en un hotel con los niños y mi marido debía venir los fines de semana. Vino el primero, y todo fue muy bien; al segundo, los niños aún seguían muy bien... —se dirige a su marido— Hay que decirle lo que pasó...».

«¿Qué pasó... dice él—. No vas a contarme eso...».

«Sí —dije yo—, hay que contármelo todo, puesto que algo hay».

Y, a pesar de la violencia y las exclamaciones del padre, la madre me cuenta lo siguiente: Un viernes por la noche llega el padre a orilla del

LOS OTROS NIÑOS



mar. Ella dormía en la misma habitación que los dos niños, pero en otra cama. Generalmente se les acostaba a las ocho, los padres iban a paseo y volvían a las once. Pasaron una primera noche y una primera jornada juntos. Todo parecía ir muy bien. Cuando, el sábado por la noche, los padres regresan a las once, se encuentran a Pierre sentado en su cama, completamente despierto, y el padre le dice: «¿Qué haces, por qué no duermes?». Pierre responde: «Os estaba esperando. Quiero veros jugar...». El padre, trastornado, se echa sobre su hijo y le dice: «Mentiroso, mentiroso, tú no has visto nada». Le da unos azotes, le tapa con su sábana, y la madre me dice que el niño pasó toda la noche temblando. Había sufrido un gran choque.

Bueno. Al día siguiente el padre se marchaba, no hubo otra noche y no volvió, pero, durante la semana, el niño perdió el apetito, perdió su alegría, y el médico del lugar, que no le encontraba nada, dijo: «Quizá esté harto de estar a la orilla del mar».

La historia del tren ocurrió entonces. Puede que la oscuridad del túnel despertara un recuerdo aún fresco. Pierre se creía herido por el padre, lo mismo que lo había sido su madre, según había visto: en el sexo. Se trataba de gente que se amaba moral y sensualmente, que me lo dijo varias veces. Debían tener veintiocho o treinta años, eran jóvenes, inteligentes, muy activos, cultivadores modernos de la Cherente, con grandes tractores, con veinte empleados a la mesa todos los días, ya ve usted el tipo... Ante esta historia, dije: «Creo que he comprendido lo que le ha ocurrido a su hijo, pero va a ser preciso un tratamiento psicoanalítico bastante largo. ¿Pueden traerme una vez por semana cada seis meses?». «Claro, doctora, haremos lo que haga falta».

Entre tanto, el padre, preocupado por no oír gritar a su hijo, fue a verle a la sala de espera y regresó asombrado, diciendo que dormía echado sobre el diván. Fui a buscarle, y sin acercarme a él le dije, desde lejos: «Pierre, ya he acabado de hablar con tus padres, ahora me gustaría hablar contigo». El niño se despertó inmediatamente... Yo había olvidado que no andaba. Me quedo en la puerta y digo: «Ven». Veo al niño quieto. Me acuerdo de que no puede moverse y digo: «¡Ah!, sí, es verdad, no puedes andar». Voy a buscarle, le cojo en brazos, le llevo a mi gabinete, le siento en un sillón a mi lado, enfrente de sus padres, y le resumo la historia que ellos me han contado. Le digo: «Pierre, no estás bien, estás todo el tiempo triste, no puedes hablar, no puedes comer con un tenedor, no puedes ser limpio, pis, caca, ya no sabes divertirse, eres muy desgraciado... A lo mejor te aburre mucho que yo te hablo, pero tus padres quieren que me ocupe de ti... Te has vuelto así... desde que aquel señor, en el tren, en lo oscuro, te cogió algo aquí (no me muevo ni hago ningún gesto). Inmediatamente, el niño, interesadísimo por el hecho de que yo haya utilizado las

mismas palabras que él, mira a su madre de un modo angustiado... Digo: «Sí, tu madre me ha contado todo lo que pasó. Yo creo que no es verdad, y que el señor te recordó alguna otra cosa que te había dado miedo... también en lo oscuro». El niño deja de prestar atención. Le digo: «No es la primera vez que has dejado de moverte porque algo te había dado miedo, ya te pasó el día que nació tu hermano...». En este momento el niño me mira de nuevo, angustiado. Mira a su madre, a su padre. Digo: «Sí, esperaban una hermanita y es un hermanito el que nació, y tu mamá tenía que tirarlo a la lumbre, pero no lo tiró». Me miró fijamente, hasta el fondo de los ojos. «Las mamás a veces dicen cosas que luego no pueden hacer... Tu mamá creía que si nacía un hermanito, un niño, no lo querría... Fue un niño y se puso muy contenta. Las mamás son muy raras... Son como tontas, no saben lo que dicen...». Esbozó una sonrisa, mirando a su madre. Y le dije: «¿Qué sucedió con papá?». Volvió a dejar de prestar atención. Dijo: «Con papá lo que pasó es que una noche, en la cama, se puso a jugar al trasero con mamá». Entonces fue el pánico. Con los ojos haciéndole chiribitas, el niño mira con terror a su padre, a su madre, y se pone a temblar con todo el cuerpo. Añado: «Pero eso no estaba mal en absoluto, y tu papá no sabía que tú ya eras lo bastante mayor para saber que cuando se es un señor que tiene una mujercita y que la quiere se juega a todo con ella, y sólo quería que tú le dejases tranquilo con su mujer... Cuando tú tengas una mujer tu papá no vendrá a molestarte y podrás jugar al trasero con ella... Pero él no sabía que tú ya eras bastante mayor para explicártelo y te dijo... ¿Qué te dijo?». El niño me miró espantado. Te dijo: «Mentiroso. Tú no has visto nada». «Sí, gritando», dijo el niño. «Bueno, mira, no era eso. Es que papá creía que tú eras muy pequeño para decirte la verdad, pero tú lo viste todo muy bien, y tu hermanito nació porque ellos jugaron al trasero, y tú naciste porque ellos jugaron al trasero... Las personas mayores son así».

En este momento el niño mira a su madre, que estaba completamente traumatizada; el padre me mira para devorarme y el niño se precipita hacia su madre, abandonando su asiento... Va de su padre a su madre, de uno a otro, como un niño que acaba de encontrar a sus padres. La emoción de la madre estaba en su paroxismo. En cuanto al padre, se alza como un diablo salido de la caja y se pone a chillar diciendo: «¡Pues si se trata de esto... si no es mi hijo el que está loco es que lo estoy yo, y si es así, me divorcio mañana por la mañana... además, yo no quería hijos, no traen más que follores... estoy loco... no me volverás a liar... me divorcio mañana por la mañana, y, además, doctora, no pienso pagarle, así que vámonos de aquí...». La madre no entendía nada, el niño estaba la mar de contento y yo, lo confieso, traumatizada. Dijo: «Váyanse».

Pero estaba muy preocupada por

esta súbita curación, que no me esperaba. Mi pretensión era la de poner las cosas en su sitio con el niño para después seguir con él suavemente, paso a paso, mediante una psicoterapia. Por fin se fueron. El padre estaba en un estado verdaderamente subdelirante... La madre me dijo: «Le telefonaré».

Tres días después recibí una llamada de la madre, que me dijo: «¿Sabe usted, doctora, Pierre está completamente curado. No quedan rastros de nada, es exactamente igual que antes, no ha vuelto a hablar de usted... En cuanto a mi marido, ha dormido en otra habitación durante dos días y luego ayer, a la hora del desayuno, me ha besado y se ha puesto a reír a carcajadas diciéndome: "Hemos visto a una señora completamente loca, pero no importa, puesto que todo va bien". Algún tiempo después la madre me mandó una carta con un cheque. Esto ocurrió hace más de diez años. En la actualidad el chico es absolutamente normal».

—¿Cree usted que, de todas formas, este niño será un adulto más propenso a trastornos que los demás?

F. D.—Me gustaría saberlo. No sé, quizá no. Además, de todas maneras este caso era excepcional, ejemplar. Realmente, si yo hubiera sabido lo que iba a ocurrir no habría hablado, ya que nunca se sabe lo que va a hacerse cuando se trabaja así a toda velocidad... No se sabe cuál puede ser el resultado. Si desea usted una explicación teórica del caso, he aquí: El agujero en el muslo que creía tener era una identificación a la mujer que el padre le había impuesto, es decir, que aquellos juegos que parecían dedicados a él fueron aprendidos por el niño como una agresión sádica que podía, en efecto, herir a mamá, puesto que el niño observó que el órgano de su madre no era el mismo que el de su padre... Hay que señalar que se trataba de un niño totalmente al corriente de la vida... Había visto parir a las vacas, a las conejas. Su padre, en realidad, al pegarle y mandarle a la cama le hizo identificarse a la madre en las relaciones sexuales...

—Naturalmente, es usted partidaria de la educación sexual...

F. D.—Sí, pero sobre la base de que mientras el niño no haga preguntas no hay por qué instruirle sobre lo que no le preocupa. Hay que señalar que el niño hace siempre preguntas indirectas. Por ejemplo, a los tres años dice: «¿Cómo serán mis hijos?». Se le contesta: «Depende del hombre —o de la mujer, si se trata de un niño— que elijas». El niño dice: «¿Ah, sí?». Se le ha contestado algo que es verdad, pero no conviene ir más lejos.

Otra vez preguntará: «¿Sabías antes

de que yo naciera que iba a nacer?». «Claro, naturalmente». «¿Lo sabías desde hacía mucho?». «No, lo sabía desde que papá puso en mí tu semilla».

Y eso es todo. Ya no hará más preguntas. No hay que ir nunca más allá de lo que en palabras infantiles es cierto. Si un niño sorprende a sus padres durante sus relaciones sexuales la cosa no tiene demasiada importancia a condición de no encerrarle en una conspiración de silencio, de no negarle la autorización de saber que lo que ha visto es auténtico. Hay que decirle: «Cuando seas mayor tú harás lo mismo, pero mientras tanto tienes que dejarnos tranquilos». Instruir a un niño que no pregunta nada es traumatizarlo.

En lo que respecta a los niños más pequeños, a los que no pueden comprender, que no pueden ver, el hecho de estar en la habitación de sus padres durante el coito puede tener consecuencias nefastas. El niño está en comunicación inconsciente con el cuerpo de su madre, y todo lo que hace vivir intensamente ese cuerpo provoca en él, incluso durante el sueño, una supervitalización inconsciente al estado de deseo imaginable en que se encuentra; tendrá hambre, sed, llorará, o bien, simplemente, el orgasmo de su madre corresponderá en él a un goce a su nivel, es decir, que se hará pis...

—¿Existen todavía padres en nuestra sociedad?

F. D.—Usted quiere decir que si hay todavía educadores entre los padres. Pero los padres no tienen que ser educadores... Los padres dan el ejemplo; los padres no pueden ser educadores, y si no lo son a través de lo que dicen, eso no es lo que cuenta; es su modo de vivir lo que sirve de educación.

—¿Cree usted que las costumbres nuevas, la libertad sexual en especial, han modificado profundamente la relación padre-hijos?

F. D.—Van, desde luego, a modificar muchas cosas...

—¿Y ello dará como resultado más neuróticos o menos?

F. D.—No sé... Siempre llegamos después. Nosotros no somos videntes.

—¿Cómo lograr éxito en una educación? ¿Son todos los métodos equivalentes?

F. D.—No lo sé...

—¿Cómo juzgar si una educación ha sido un éxito?

F. D.—Cuando ha fracasado. Quiero decir que es precisamente cuando el adolescente llega a pensar que su educación ha sido un fracaso cuando sus padres pueden creer que han desempeñado su papel. Un niño inadaptable no «contesta». Pero si un chico o una chica dicen a sus padres: «Todo lo que habéis hecho por mí ha sido un fracaso», entonces los padres pueden estar tranquilos. El hijo ha salido adelante.

—¿En los juegos de niños se fracasa siempre?

F. D.—Naturalmente. Ya conoce usted la frase de Freud: «Hagáis lo que hagáis, siempre lo haréis mal».

Entrevista realizada por PIERRE BENICHO. Fotos: JORGE RUEDA.